

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

el proceso de lieja

LOS ecos del proceso de Lieja han llegado aquí un poco moderados por la relativa distancia que hay entre los paralelos que nos separan de los Países Bajos, ya que no excesivamente por los meridianos. El mundo occidental está, afortunadamente, tan matizado, que los problemas tienen un cariz distinto en cada una de las cuadrículas geográficas. Pero, cortado a lonjas, el planeta se divide primariamente en zonas frías o zonas calientes, con otras intermedias relativamente nubladas, pasablemente confusas. A esas zonas les conviene la aplicación máxima de los postulados y de los pragmatismos, puesto que sin ellos nada verían. Acaso sea en los países con nicha externa y legalidad prosódica interna aquellos en los que se puedan cometer los crímenes que no cometería José María el Tempranillo en la propia y soledad Andaluza.

Matar niños en consejo de familia, aunque sean deformes los niños, nos parece una monstruosidad. Hay en todos lados familias capaces de eliminar a un niño intrínseco, pero generalmente semejantes familias no han pasado por la universalidad ni por el deserción bancario: que eso acontezca en el barrio residencial de un arquetipo urbano de Europa es verdaderamente alarmante.

El niño —la niña— en cuestión, víctima del suceso tan jurídica y periodísticamente aireado, había nacido con deformidades que hubieran provocado, probablemente, su muerte antes de alcanzar los dos años de su edad. Madre, abuela —esta, principalmente—, marido, cuñados, etc., o —como se dice en las esquelas, y demás familias— perpetraron en frío la eliminación del pequeño pero vivo y adorable monstruo. Naturalmente, intervino en ello un médico, que previamente —sin que pudiera aventurar las dramáticas consecuencias del tratamiento— había recetado unas tomas de talidomina a la madre de la criatura, cuando esta estaba en gestación. En el momento de decidir y de consumar el asesinato ninguno de ellos podía prever las atenuantes que su crimen iba a tener en el momento de ser juzgado; esas atenuantes las facilitaron los numerosos casos de niños nacidos después de deformes en todo el mundo, precisamente cometidos por ciertos laboratorios con semejante droga. El asesinato lo cometió esa familia como si su caso no fuera a tener publicidad. Era un asesinato sin prospecto farmacéutico puro, en primer lugar; y después, sin ese prospecto farmacéutico que son los resortes de pública divulgación en tinta impresa y que mueven oleadas de curiosidad sana o malsana, y de refracción multitudinaria a cuestiones simplemente privadas y privativas.

Yo no sé qué hacen en este instante todos los autores; no sé lo que van a hacer con sus engendros y sus deformes. Durante largos años —después de nuestra guerra— multitud de autores de nuestro país han ecologado sus narraciones a los editores precisamente a base de que en ellas existía el caso del niño deforme. Es muy fácil conseguir con la pluma un éxito gracias a las deformidades, tenidas por hereditarias, que pudieran afligir a ciertos niños de la picaresca. Esos autores deberán en adelante reconsiderar la oportunidad de inventar mujeres hermosas, dotadas de todos los adelantos de la belleza y de la ortopedia natural, para hispanizar de algún modo a la literatura.

No quisiéramos especular con la tragedia, pero pensamos que de todas las posibles monstruosidades que puedan sobrevenir, la peor de todas es la soberbia de una sangre, lamentablemente organizada para darle a sus presuntas y ocasionales impurezas un venenoso hiberón; y ello solo en nombre de una dignidad de clan, para provecho de un barrio.

Más vale pensar de vez en cuando en que existe Dios.

las fotos tardías

La prensa de la Europa occidental —la hemos visto simultáneamente en España y en Italia— ha publicado una fotografía en la que se ve a un hombre arrodillado que recibe los auxilios espirituales de un sacerdote poco antes de ser pasado por las armas. La cuestión que a nosotros se nos plantea, en el instante de escribir estas líneas, es la siguiente: ¿De quién eran las armas que le iban a fusilar? Porque, con relación a la oportunidad de la noticia, el hecho de ver a un hombre arrodillado en los instantes mismos en que los elementos del piquete sonríen ideológicamente, no nos resulta actual. Cada drama tiene su instante, y el instante en que aconteció la fotografía ahora publicada por la prensa internacional es un instante de hace casi tres años. El hombre y la escena que ahora nos conmueven están, hace tres años, enterrados. Las que derramamos ante ella son ya anacrónicas lágrimas.

La oportunidad no es el suceso; es el tiempo en

los medios de viaje

Me constan los titubeos y las dudas de un amigo mío, que tiene que viajar con gran frecuencia de Barcelona a Madrid y viceversa. Hasta última hora no suele decidir si viajará en tren, en avión o en coche; y suele, en cierto modo, improvisar el viaje, como para no dar cuenta anticipadamente al destino de los medios que empleará, no sea que el destino, informado con tiempo de sobra de las intenciones del viajero, le vaya a oponer alguna premeditada y alveosa dificultad.

Mucha es la gente que actúa así por falta total de confianza en los medios. Me decía ese amigo que durante largos años no ha tenido reparo en emprender sus viajes siempre en avión; pero como que estos viajes tenían una fecha fija en un día determinado de la semana, llegó a pensar que, por cálculo de probabilidades, algún día iba a tener un disgusto. Es, a la inversa, como aquellos abonados a un número fijo de la lotería, que no se dan de baja por aquello de que algún día forzosamente tiene que caer el premio. Ahora, mi amigo viaja, sea en tren o en coche, pero siempre sin avisar previamente al destino.

Decía Agustín de Foxá que en avión no se viaja, se llega. De mí puedo decir que, a pesar de hacerlo con frecuencia, no me subo al avión sin reparo. ¿Por qué? sencillamente, porque lo normal no es todavía el estar a dos o cuatro mil metros sobre la tierra; porque incluso en los viajes satisfactorios y bien llevados, el vuelo nos da la impresión de tambaleo y de inseguridad. Se nos agilita que esa impresión también la da, por lo menos en ciertas líneas, el viaje en ferrocarril, cosa que es cierta. Sin embargo, sólo el avión nos produce zozobra.

El secreto del reparo que mucha gente opone al avión es sencillamente que, una vez dentro de su caja, ya cedemos totalmente el dominio absoluto sobre nuestra vida. En el supuesto de un accidente en coche o en tren, son todavía válidos nuestros reflejos,

que tardan las agencias en darlo a conocer. ¿Por qué? ¿En qué moral se mezclan la ética y el calendario? El fusilamiento del personaje acontecerá hará casi tres años, y era, por lo menos, prudente haberse conmovido un poco entonces.

Recuerdo aún la impresión —por cierto puramente litográfica— que nos producía en la Barcelona roja un cartel pintoresco, pero dramático, en los años de nuestra guerra civil. Decía: «Fus tanks». Invitaba a cada uno de los ciudadanos, y en general a toda la vecindad, a elaborar nada menos que un tanque, o una parte de él, en los ocios del fin de semana. La anacrónica imagen del pobre cubano arrodillado ante el sacerdote es un cartel que nos recuerda al de los barceloneses tanques de la guerra civil. Resulta absolutamente inoperante. Aquel cartel —el de los tanques— era un alarde de litografía, y el de ahora es un alarde soberbio de distribución. Nada de ello es mucho más que una realización de artes gráficas, lateral al conflicto más íntimo.

mientras que en el avión nos convertimos pura y simplemente en objetos. Probablemente es la absoluta implacabilidad de los hechos y la total ausencia de acción posible e individual sobre ellos lo que nos da, en el avión, la rara sensación de impotencia y de incapacidad. En cuanto se cierra la portezuela de la carlinga, quedamos desindividualizados, dejamos de existir como seres pensantes y actuantes. Venimos a ser como una pieza inservible e innecesaria de la máquina.

He observado las caras de la gente que viaja en avión. Siempre hay alguno de los viajeros que desdobra indiferentemente un periódico, a la hora de arrancar, como para darnos a los demás testimonio de su presencia de ánimo y de su indiferencia o para hacernos comprender el hábito que tiene de viajar así. Pero la mayoría de las gentes, aun los habituados, no sienten precisamente en aquellos momentos lo que llamaríamos el placer del viaje. Se resignan, a lo sumo, a pasar por el incómodo trance. Luego ya, en el vuelo, y cuando se han desahrochado los cinturones de seguridad, si el avión no se mueve, van recordando poco a poco la confianza.

Son estas cuestiones de hábito, de tranquilidad mental, de confianza y otras puramente psíquicas las que han hecho a mi amigo renunciar a los viajes en avión. Pero es que mi amigo, por lo visto, añadió a sus zozobras el hecho de haber viajado una vez, recientemente, en un reactor en lugar de los aviones regulares y de propulsión a motor. Como el viaje en reactor fue impecable, a una altura de ocho mil metros y en un plazo de tiempo mínimo, ahora el resto de los aviones le parece anticuado, peligroso e incómodo.

Las inquietudes mentales de mi amigo con relación al viaje son ahora de tal calibre, que me dijo, con convencimiento, que estaba dispuesto a cambiar sus negocios para cambiar de medios de locomoción. Piensa relacionarse con industrias de Italia para poder ir en barco, que es lo bueno.